

ALALZA.A

LABAJA

ALALZA, el tirador to-mellosero **Jesús Serrano** que el pasado fin de semana se proclamaba brillante campeón de la Copa del Rey en Málaga. Otro logro más que añadir al rico palmarés de un deportista que no toca techo y que sigue dando muchas alegrías a sus seguidores. Serrano afronta ahora importantes competiciones nacionales e internacionales con la moral por las nubes. Ojalá y muy pronto garantice su participación en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro.

ALALZA, el jugador del Socuéllamos, **Carlos García**, que se convirtió en héroe en el último partido de liga que su equipo disputó frente al Leioa. Tras la expulsión del meta Bocanegra y un penalti en contra en el último minuto, el futbolista argamasillero decidió con arrojo y valentía colocarse bajo los palos. Carlos detuvo el penalti y permitió que el Socuéllamos mantuviera un valiosísimo 1-0.

ALALZA, la peña carnavalesca de Tomelloso **Harúspices** que ha conseguido el Arlequín de Oro en el desfile del Domingo de Piñata en Ciudad Real. Harúspices, que también triunfó en Miguelurra, ha presentado este carnaval una formidable representación de Pinocho con espectaculares carrozas, un rico y variado vestuario, además de la buena coreografía y el frenético ritmo de todos sus participantes.

ALALZA, el espectáculo **Constelaciones**, de **Aracaladanza**, que cautivó al público en el Gran Teatro de Manzanares. Un prolongado aplauso fue su mejor premio.

ALABAJA, la **desidia y escasa voluntad política para avanzar en la integración ferroviaria** de Tomelloso/Argamasilla de Alba. Ha pasado justo un año desde que se reuniera la Comisión Comarcal de Seguimiento y desde entonces no se ha producido movimiento alguno.

En este número:

Carlos García, héroe en la victoria de la Unión Deportiva Socuéllamos ante el Leioa

/31



Rafael Torres anuncia un nuevo plan de inversiones para la cooperativa Virgen de las Viñas

/36

PORCAMPO D'FIORI

Canción para obtener humildad

Valentín Arteaga

Cuenta el evangelio de Jesucristo que cuando la Virgen María recibió la noticia de haber sido elegida para ser madre del Mesías, no corrió fuera de casa para ofrecer tres cuartos al pregonero del lugar para que voceara lo sucedido por las esquinas de todo el vecindario, no encargó a los copistas tarjetones de visita ni cartas con membretes de oro y sobrecitos de lujo muy bonitos. Corrió hasta la casa de su prima Isabel de Zacarías en los montes de Judá, una pobre mujer tan necesitada como ella, a proclamar la canción llamada del Magnificat, una sencilla plegaria que ensalza al Dios de cuantos no tienen donde caerse muertos y envía a los prepotentes y los arrogantes en el espejo opaco de su propia existencia vacía.

Aquellos hombres y mujeres de la comunidad cristiana de Lucas, autor del relato, no acertarían a comprender la reacción tan extraña de María. ¿Y dices, Lucas, preguntarían, que nada más haberse marchado de su lado, la Virgen se apresuró inmediatamente a ponerse en camino? ¿A hacer qué? A cantar. ¿Tan importante es cantar para ser cristiano, maestro? No cualquier canto, hermanos. Sí el de la sorpresa y el desconcierto de que Dios nos agracie con un amor y una consideración exageradamente desmedidos. Claro, si Dios te pone los ojos encima, te sale un poema, te pones a cantar porque te sientes lleno de gozo y agradecimiento. Es lo que le ocurrió a María, que era consciente de ser solamente una muchachita de nada.

Queridos hermanos y más todavía queridas hermanas, así son las cosas de Dios. Las tenéis que aprender. ¿Queréis ir y venir como Dios quiere por la comunidad cristiana? Tenéis que imitar a Santa María. Osease, habréis de procurar desha-

ceros en cánticos de humildad. La reacción de María fue exaltar lo menor e insignificante. Pues qué bien, Lucas, porque lo normal es que en el escenario de la gente sobresaliente, no quepamos los pobres y, según tú, ella, ni corta ni perezosa, se puso de inmediato a exaltar y bendecir al Señor que coloca en primera fila cuando se trata de salvar la historia, a los pobres, los desechados, y cuantos no tienen nada. Lo específico cristiano, por tanto, es caminar de inclemencia en inclemencia, cantando a pleno pulmón: “El Señor ha hecho en mí maravillas”.

Es significativo el modo con el que se presenta María, según San Lucas, a la Iglesia. Con un poema de júbilo y de agradecimiento al Señor en los labios por su gran misericordia y que además no era suyo. Lo tomó prestado, porque es pobre, de otra mujer tan pobre como ella: la madre de aquel niño, Samuel, a quien el buen Dios de Israel llamó un día en el templo, de noche, para servirle por las claras. Es el canto conocido como el del “Magnificat”, el elogio de la humildad. En primer lugar, fijémonos, es un canto. ¿La razón? Muy clara, porque si tiene uno que referirse a Dios, de qué manera poder hacerlo mejor que desde categorías estéticas. La oración es mucho más oración cuando se mueve en la belleza. No tiene nada que ver con el mal gusto o la banalidad.

En segundo lugar, es un himno a la pobreza, lo humilde, lo menor. Dios no está por los personajes encumbrados. La gente arrogante y presuntuosa o envarada de poderío, no tiene nada que ver con Él. Daos cuenta –insistiría el catequista Lucas a su todavía párvula de fe comunitaria– Dios eligió salvar al mundo valiéndose de una mujer

“cantautora” de los humildes servicios y los pequeños sucesos de pueblo chico. Dinos, Lucas, se interesarían aquellos cristianos primerizos aún en asuntos de fe. ¿Por qué le dio a María por cantar? Porque se sintió deslumbrada ante un amor inexplicable que no le cabía dentro de sí, y para tomar respiro prorrumpió echando mano del canto del Magnificat. Es un poema que junto con la oración del padrenuestro y el discurso de las bienaventuranzas constituye en el evangelio el tríptico imprescindible de la única manera de poder seguir a Jesús.

El Magnificat nos explica por qué se fija Dios en según qué personas: por su humildad el Señor “me ha mirado”, canta María estremecida y resplandeciente de agradecimiento delante de su pariente Isabel. ¿Y sabes por qué me ha “mirado”? Y sobre todo, ¿dónde me ha mirado? Se ha fijado en mi insignificancia, prima. Cuando Dios mira a una persona no lo hace deteniéndose en su exterior, lo físico, el cargo, el prestigio social, las dotes brillantes. Todo es irrelevante. Cuando Dios mira se fija en la pequeñez.

Canta así María: “Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador porque ha mirado la humillación de su sierva”. Lucas en su catequesis volvía a insistir: ¿Sabéis, queridos amigos, por qué glorificaba al Señor María y se le regocijaba el espíritu en Dios su Salvador? Porque la eligió para madre suya. No, fue porque Dios “la miró”. El milagro está en que Dios nos mire. Uno se acurruca tímidamente, consciente de su poca valía, en el silencio humilde de la oración, y acontece lo imprevisto. Sientes que Dios llega por el jardín tembloroso de tu ser, y te mira. Entonces te nace una vida nueva.